

Angela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación. 1819-1861*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, 348 p. (col. Frontera)

Ana Rosa Suárez Argüello

Según el historiador Luis González y González existen diversas maneras de enfrentarse a lo que él llama el “vastísimo ayer”: la historia anticuaria, que proporciona solaz a sus lectores; la historia de bronce, que recoge los hechos de los grandes hombres y promueve las buenas obras; la historia crítica, liberadora del pasado; la historia científica, cuya meta es explicar el presente y advertir el futuro. Si bien añade que las cuatro prometen más de lo que cumplen, asegura que es indudable el servicio que prestan.

México y Estados Unidos: orígenes de una relación. 1819-1861 reúne características de los cuatro tipos de historia. Es una obra general que, de algún modo, distrae, enseña, libera y orienta. Por más que varios de sus ingredientes se podrían discutir, tal vez hasta refutar, reservamos las sugerencias para una segunda edición. Por lo pronto, más vale rescatar los logros de su libro.

México y Estados Unidos: orígenes de una relación... entra en la categoría de la historia anticuaria cuando entretiene a sus lectores con la gesta de Joaquín Murrieta, máxima leyenda folklórica de California, bandolero social que robaba a los ricos para ayudar a los pobres; cuando lo hace sonreír con la ignorancia del comodoro Stockton, que declaró consumada la conquista de las Californias, antes que un solo soldado o marino norteamericano hubiese puesto el pie en la península de Baja California; cuando lo conmueve con los pesares de los mexicanos que permanecieron en California y Nuevo México después de 1848, convertidos en extranjeros en su propia patria, ajenos a las leyes, el idioma, la cultura que se les imponía; en fin, cuando le da la oportunidad de viajar a distintos y distantes modos de vida.

El libro es también una historia de bronce porque ofrece al lector mexicano algunas de las grandes obras de sus ancestros, tal vez con la esperanza de que sean imitadas. Así, refiere ampliamente ese capítulo poco tratado en nuestra historia, el de la resistencia armada frente al invasor norteamericano, con lo que no sólo contradice la tesis prevaleciente de la conquista incruenta, sino que verifica la presencia de un sentimiento nacional incipiente en lugares tan lejanos del centro de la república como lo eran La Paz, Los Angeles, Taos.

Asimismo, la obra hace hincapié en la extraordinaria labor de los diplomáticos de México en las décadas después de la Independencia. Una y otra vez evidencia la línea segura y recta que siguieron los responsables de la relación con los Estados Unidos, en medio del caos del país, para defender la integridad del territorio, para proteger a sus habitantes, para impedir la intervención extranjera en los problemas internos. A fin de ilustrar lo antedicho, baste mencionar que los diplomáticos del siglo XIX evitaron más pérdidas en las negociaciones del Tratado de Guadalupe Hidalgo, se preocuparon por la repatriación de los mexicanos que no quisieron hacerse norteamericanos, impidieron que los Estados Unidos ocupasen el istmo de Tehuantepec con el pretexto de proteger los intereses de sus ciudadanos. Vale señalar que a lo largo del libro se puede observar la paulatina conformación de algunas características de nuestra política exterior: la actitud defensiva, la demanda de justicia frente a la injusticia, el esgrimir razones ante las amenazas de fuerza, el exigir el cumplimiento de tratados nunca respetados.

México y Estados Unidos: orígenes de una relación... tiene también rasgos de historia crítica, de historia, cito a Luis González, “desenterradora de traumas, mal-

tratos, horrores, rudezas, barbaries”, con ningún otro propósito que el de liberarnos de su carga. Es por tanto fundamental que el libro señale que los norteamericanos utilizaron la Doctrina Monroe según su conveniencia; que les impute la violación constante, sistemática y violenta del Tratado de Guadalupe Hidalgo; que los acuse de tener una actitud racista, de ver a los mexicanos como un pueblo miserable, retrasado, ignorante, fanático incapaz de gobernarse a sí mismo, merecedor de ser dominado o conquistado; que apunte el sentimiento de superioridad que les impidió desarrollar una diplomacia respetuosa hacia México y dio lugar a que enviaran a representarlos a patanes como Anthony Butler y James Gadsden.

Pero Angela Moyano no ve nada más la paja en el ojo ajeno para ignorar la vida en el propio. En efecto, al parecer deseosa de que asumamos nuestras culpas, señala, por ejemplo, que los estados del norte estaban tan abandonados que ni siquiera a los presidiarios les interesaba colonizarlos; denuncia los enfrentamientos entre federalistas y centralistas, liberales y conservadores, que llevaron a unos a afirmar que tenían derecho de aliarse hasta con los chinos si con eso derrocaban a sus enemigos políticos y opusieron a polkos y puros en las calles de la ciudad de México mientras el ejército de los Estados Unidos ocupaba el país; acusa de falta de sentimiento nacional a algunos estados que acogieron al invasor, como Puebla, se declararon neutrales, como el de México, o pidieron la anexión, como Yucatán; señala que las fallas en el conocimiento de la geografía mexicana, las omisiones y las vaguedades en la discusión del Tratado de Guadalupe Hidalgo contribuyeron también a los serios problemas diplomáticos que se presentaron después.

Por último, el texto que reseñamos debe sumarse a la historia científica: al estudiar las diferencias en el modo de ser y pensar de México y los Estados Unidos, coadyuva al conocimiento de las relaciones entre ambos. Destaca que este último país es resultado de una combinación de culturas europeas con una base inglesa y protestante, sin mezcla indígena, mientras que México es un país enteramente mestizo, cuyo modo de ser y pensar deriva del encuentro de españoles e indígenas, de la aceptación más o menos profunda de la religión católica.

Las diferencias entre estos dos mundos eran tan grandes que inevitablemente acabaron por chocar. Dice la autora que eso fue lo que sucedió en Texas, donde los colonos norteamericanos, blancos, anglosajones y protestantes, se enfrentaron con los mexicanos, criollos, mestizos e indios, además de católicos; y que ése fue el problema que se presentó durante las discusiones diplomáticas sobre los indios de la frontera: mientras los funcionarios estadounidenses los consideraban naciones extranjeras y no aceptaban responsabilidad alguna por sus devastaciones, México los veía como ciudadanos y tenía por tanto que aceptar las reclamaciones por los daños que causaban.

Al remontarse al pasado colonial norteamericano, el trabajo que comentamos ayuda a comprender la relación México-Estados Unidos. Al referirse a la “leyenda negra”, esa fábula de una España supersticiosa, fanática, capaz de mezclarse con razas inferiores, resultado en realidad de la rivalidad y el odio de Inglaterra hacia todo lo español, se pretende aclarar por qué en el Congreso estadounidense hubo voces de rechazo, en 1848, a la anexión de todo México, por considerar que eso haría peligrar la estabilidad de una nación concebida para la raza blanca.

Al explicar por qué los colonos norteamericanos se sentían un pueblo elegido, poseedor de la verdad y con la misión de regenerar al mundo con el ejemplo de una vida nueva y libre de corrupción, se infieren las causas por las cuales durante la guerra contra México la prensa del país vecino hablaba incansablemente de que Dios había escogido a los Estados Unidos para regenerar a la decadente población mexicana.

Al describir cómo los norteamericanos secularizaron la que originalmente era una tarea religiosa y se persuadieron de que tenían un “destino manifiesto”: la ampliación del área de la libertad y la democracia, la enseñanza de los valores repu-

blicanos y federales a pueblos menos afortunados que ellos, se comprende que Poinsett, su primer ministro en México, se haya dedicado a favorecer a aquellos que se mostraban dispuestos a imitar a su gobierno.

Al exponer cómo los norteamericanos tenían la certeza de pertenecer a una nación perfecta, puede uno explicarse por qué cuando llegaron a México como soldados o filibusteros estaban seguros de que los mexicanos ansiaban izar la bandera de las barras y las estrellas y de que los conquistados, parte de una raza inferior, debían estar agradecidos por haber sido conquistados.

Todos estos conceptos, a los que con el paso del tiempo se sumaron otros, ayudaron a conformar la política exterior de los Estados Unidos. Entre esos otros, se menciona la noción de seguridad nacional, argumentada por ejemplo ante Francia cuando, con el deseo de adquirir el territorio de Luisiana, el gobierno de Jefferson afirmó que las fronteras naturales de su país eran el océano Atlántico, el Golfo de México y el río Mississippi, y que tenían derecho a ellas, sin considerar si su derecho pasaba por encima del de otros.

Señala Angela Moyano que otro elemento para comprender la política exterior de los Estados Unidos es su necesidad de autojustificación, necesidad que los hispanoamericanos, con una tradición cultural diferente califican de hipocresía. Sus estadistas la utilizan para unir al pueblo en la búsqueda de un ideal común, fabricado para satisfacer a sus conciencias, con lo que han conseguido, y consiguen todavía, que los norteamericanos sancionen sin saberlo intereses políticos o económicos injustos. De esta manera defendieron la anexión de Texas, al asegurarse que el territorio estaba a punto de caer en manos de Gran Bretaña; la ocupación de los pueblos de Isleta, Socorro y San Eleazario, con la disculpa de que sus habitantes preferían vivir bajo su jurisdicción; los despojos de tierras a los californios con el razonamiento de que al pedirles que legalizaran sus títulos en realidad los protegían.

Clave para comprender la política externa de los Estados Unidos es que los determinantes de sus relaciones extranjeras se hallan en el interior del país, es decir, que su política exterior no es más que una prolongación de su política interna. Así se infiere por qué Texas no se incorporó sino hasta 1845, México no perdió más territorios después de La Mesilla y el Tratado McLane-Ocampo no fue ratificado. En el trasfondo de estos sucesos se encontraba la lucha dentro de los Estados Unidos de Norte contra Sur, de antiesclavistas contra propietarios de esclavos, de whigs y/o republicanos contra demócratas, todo lo cual no se solucionaría sino por medio de una guerra civil.

Por último, es importante el rescate de temas poco tratados en la historiografía mexicana, verbigracia, las resistencias frente al invasor norteamericano, los filibusteros, la expedición de Santa Fe, la República de la Sierra Madre. Tampoco debe olvidarse la combinación de fuentes secundarias con el uso de archivos y la utilidad que la obra tendrá tanto en las aulas como para el gran público.